

EL DIBUJO: SU FUNCIÓN EN LA ESTRUCTURACIÓN DEL CUERPO Y EL PENSAMIENTO INFANTIL.

Gaudio Roxana; Lardizábal, Maite; Bortolazzo, Antonela
Facultad de Psicología, Universidad Nacional de La Plata
Correo electrónico para contacto: roxanagaudio@hotmail.com

RESUMEN:

La clínica psicoanalítica con niños y adolescentes presenta particularidades en el campo terapéutico, puesto que, sitúa sus intervenciones en los tiempos de la constitución del aparato psíquico. El niño y el adolescente son sujetos con un psiquismo en estructuración que se organiza a lo largo de distintos momentos lógicos que se asientan en tiempos cronológicos.

La constitución del aparato psíquico en la infancia implica considerar la articulación dada por lo intersubjetivo, introduciendo el lugar del deseo y el discurso de la pareja parental, con lo intrasubjetivo, en tanto el psiquismo es activo en sus posibilidades de metabolización. En este sentido, la clínica con niños y adolescentes se delimita como un campo que reviste complejidad, caracterizándose por una escucha dirigida al discurso parental, al discurso social y a las producciones subjetivas del niño. En el marco de dicha complejidad se hace necesario circunscribir las particularidades del dispositivo terapéutico. Es en la especificidad de este dispositivo que, la actividad lúdica y el dibujo, se ponen al servicio del encuentro analítico.

El presente escrito se ubica en el marco del Proyecto de Investigación “*El jugar como actividad sublimatoria. Procesos de simbolización en niños y adolescentes de la ciudad de La Plata: Un estudio exploratorio*”; perteneciente a la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata, y se encuentra bajo la dirección de la Profesora Andrea Mirc.

La mencionada investigación contempla tres ejes conceptuales nodales, cuya articulación configura su especificidad, a saber: juego, sublimación, simbolización. En función de ello, se recorta y desprende una de las coordenadas que la constituyen; delimitándose el dibujo como una de las aristas que conforman el campo lúdico en la singularidad del dispositivo terapéutico con un niño. Desde allí, en este trabajo se propone articular, mediante la presentación de un material clínico, cómo el juego y la producción gráfica del niño, en el contexto del encuentro analítico, inciden en la estructuración del cuerpo y el pensamiento infantil. Se privilegian como marco teórico las conceptualizaciones de Piera Aulagnier en cuanto a la organización del pensamiento y la propuesta metapsicológica de Silvia Bleichmar.

La presentación del caso clínico elegido involucra un modo de entender la relación entre la teoría, la clínica y la práctica; encontrando el fundamento en los desarrollos realizados por Silvia Bleichmar en torno a su concepción de la clínica como un lugar de posible articulación entre teoría y práctica, donde se abren los interrogantes que ponen en cuestión y que complejizan los marcos conceptuales. Es desde esta perspectiva que se interrogará el material clínico de Juan, un niño de 10 años de edad que se presenta inhibido, con dificultades para controlar su cuerpo, para apropiarse del lenguaje, así como para poder diferenciarse de los otros.

PALABRAS CLAVE: PSICOANÁLISIS, CUERPO, PENSAMIENTO, DIBUJO

INTRODUCCIÓN:

El presente escrito se ubica en el marco del Proyecto de Investigación “El jugar como actividad sublimatoria. Procesos de simbolización en niños y adolescentes de la ciudad de La Plata: Un estudio exploratorio”; perteneciente a la Facultad de Psicología de la UNLP, y se encuentra bajo la dirección de la Profesora Andrea Mirc. La investigación contempla tres ejes conceptuales nodales, a saber: juego, sublimación, simbolización. En función de ello, se recorta una de las coordenadas que la constituyen; delimitándose el dibujo como una de las aristas que conforman el campo lúdico en la singularidad del dispositivo terapéutico con un niño. Es el terreno de la clínica, una de las vertientes que dará lugar a demarcar las posibilidades de simbolización en el niño a partir del juego y en su singularidad del dibujo; como formas de producción, que permiten indagar sobre la particularidad en el funcionamiento de la psique en la infancia.

El psiquismo infantil es un psiquismo en estructuración que se organiza a lo largo de distintos momentos lógicos que se asientan en tiempos cronológicos. La constitución del aparato psíquico implica considerar lo intrapsíquico en su articulación con lo intersubjetivo, en tanto el psiquismo es activo en sus posibilidades de metabolización. En este sentido, la clínica con niños se delimita como un campo que reviste complejidad, caracterizándose por una escucha dirigida al discurso parental, al discurso social y a las producciones subjetivas del niño. Retomando algunos de los aportes teórico-clínicos realizados por Maud Mannoni (1967), la transferencia se presenta múltiple, es decir, se instala no sólo con el niño, sino también con los otros significativos.

En función de lo hasta aquí expuesto entonces, en el marco de la anteriormente mencionada complejidad se hace necesario circunscribir las particularidades del dispositivo terapéutico. Es en la especificidad de este dispositivo que, la actividad lúdica y el dibujo, se ponen al servicio del encuentro analítico.

Este trabajo se propone articular mediante la presentación de un material clínico, cómo el juego y la producción gráfica, en el contexto del encuentro analítico, inciden en la estructuración del cuerpo y el pensamiento infantil. Se privilegian como marco teórico los desarrollos de Piera Aulagnier (1975) en cuanto a la organización del pensamiento y la propuesta metapsicológica de Silvia Bleichmar (1993). La presentación del caso clínico elegido involucra un modo de entender la relación entre la teoría, la clínica y la práctica; encontrando el fundamento en los desarrollos realizados por Bleichmar (2005) en torno a su concepción de la clínica como un lugar de posible articulación entre teoría y práctica, donde se abren los interrogantes que ponen en cuestión y que complejizan los marcos conceptuales. Es desde esta perspectiva que se relatará el material clínico de Juan, un niño de 10 años de edad.

Acerca del juego y el dibujo en la clínica con niños

En el campo del psicoanálisis los antecedentes teóricos sobre la actividad lúdica pueden encontrarse en los artículos freudianos “Personajes Psicopáticos en el escenario” (1907) y “El creador literario y el fantaseo” (1908). En estos textos, Freud se detiene en caracterizar el juego infantil. Años más tarde, en “Más allá del principio del placer” (1920) realizará nuevos aportes en relación al tema, a partir de la observación del juego del Fort Da. De este modo, con las contribuciones freudianas el juego ocupaba un lugar dentro de la teoría psicoanalítica; sin embargo, será en los tiempos iniciales de la práctica clínica con niños que se constituirá en parte fundamental del dispositivo clínico. Hug Hellmuth, Ana Freud y Melanie Klein son las primeras en

dar forma al psicoanálisis infantil sosteniendo posturas diferentes en cuanto al modo de concebir el funcionamiento psíquico del niño.

Ana Freud piensa al niño como un ser diverso del adulto, por ello entiende que para poder emprender el trabajo analítico con niños se requieren modificaciones metodológicas. Propone la existencia de una “fase de preparación” introductoria al análisis propiamente dicho y plantea la necesidad de combinar el psicoanálisis con medidas educativas. Desde una posición opuesta, Klein sostiene que el análisis de niños no se diferencia en lo esencial del análisis del adulto y, es incompatible con intervenciones de tipo pedagógicas. Su concepción del inconsciente como existente desde los orígenes de la vida y sede de fantasías universales, le permite fundamentar la validez de la intervención clínica temprana. La diferencia entre el niño y el adulto se sitúa para la autora en la diversa capacidad que presenta uno y otro para prestarse a la asociación verbal. Así, encuentra en el juego infantil el sustituto de la asociación libre y el medio de aplicación de la regla fundamental. Ana Freud, por su parte, discute la analogía establecida por su opositora y propone como recursos técnicos del análisis infantil: la interpretación de los sueños, el relato de los ensueños diurnos y el dibujo.

Donald Winnicott, abre otras perspectivas sobre el juego. Parte de la distinción entre el sustantivo “juego” y el verbo sustantivado “el jugar”; es el jugar-playing- la actividad del niño cuando juega, lo que le interesa fundamentalmente teorizar. Sus estudios sobre el objeto transicional y los fenómenos transicionales le permiten postular la existencia de una zona de la actividad psíquica que no corresponde a la realidad interna pero tampoco a la realidad exterior, a esta tercera zona la denomina zona intermedia de experiencia o espacio transicional. La actividad lúdica pertenece a este espacio y lo transicional remite precisamente a un espacio potencial que se presta a la creación. El jugar es para el autor una experiencia creadora (1979). Es una actividad que corresponde a la salud, facilita el crecimiento y el establecimiento de relaciones con los otros. Su concepción sobre el trabajo analítico se entrama con su noción de juego como puede verse ilustrado en el dispositivo por él creado: el juego del garabato. Aquí, el dibujo forma parte del campo lúdico. Winnicott (1979) entiende que la psicoterapia se da en la superposición de dos zonas de juego: la del analista y la del paciente. Involucra a dos personas que juegan juntas y es, en ese intercambio, dónde se genera lo más productivo del análisis.

Entre los aportes más actuales, Silvia Bleichmar, sostiene que en la clínica con niños y adolescentes resulta imprescindible un replanteo del método analítico en función de la singularidad presentada por el objeto: el psiquismo con sus tiempos reales de constitución. Propone que son las condiciones de estructuración del objeto-las condiciones metapsicológicas-las que determinan las decisiones metodológicas. Desde esta premisa, la autora aportará novedades en relación al juego en el dispositivo analítico. En “El Carácter lúdico del análisis” (1999) afirma que el lugar del juego en la técnica (su estatuto metodológico) estará determinado por su función general en el psiquismo (estatuto metapsicológico). De esta manera, abre una línea de indagación acerca las relaciones entre juego y constitución psíquica, profundizando en las condiciones (prerrequisitos) del funcionamiento psíquico que hacen posible el juego como producción simbólica en el niño.

Conociendo a Juan

Juan es un niño de 10 años de edad. Su madre, refiere consultar dado que el pequeño “habla poco”; ella señala: “Tiene un lenguaje neutro, le decimos el mexicanito”. Al relatar la historia de

Juan señala que fue buscado para reencontrarse con su marido, sin embargo, lo sitúa como lo que determinó la ruptura “quería que lo aborte, decía que no era de él... Estuve en reposo dos meses, casi lo pierdo. Sufrí mucho el embarazo de Juan, estaba muy angustiada, aún lo sufro”. Al nacer es físicamente muy parecido al padre, por lo que a los 4 meses el progenitor le da su apellido; sin embargo, hace 6 años que no lo ve. A partir del relato materno, pueden inferirse ciertas coordenadas que posibilitan pensar la particularidad del espacio psíquico que lo recibió. Su madre sufre su embarazo, su padre lo reconoce por el parecido físico, pero parece no haber encuentro posible con este hombre que le otorga el apellido. El espacio, que antecede a su llegada, se presenta marcado por el sufrimiento, por el predominio de un origen mortificante, sin posibilidad de establecer e investir el encuentro y la categoría de futuro.

Durante las primeras entrevistas, el niño se presenta inhibido, con dificultades para controlar su cuerpo y coordinar sus movimientos (así, sube la escalera sosteniéndose en sus cuatro miembros, es decir haciendo uso de sus miembros superiores de idéntico modo que de sus miembros inferiores. Al respecto dice: “no me sale subir bien”). Cuando se le pregunta sobre su edad responde: “Yo creo que tengo 10 pero mi mamá dice que tengo 11 (...) yo nací el mismo día que cumplo años”. Nacimiento y orden temporal que parecen desarticularse a partir de la singular marca que imprime la trama deseante que lo antecede, el discurso del otro, que lo constituye, se presenta más como enemigo que como aliado; tal como expresa Aulagnier en su texto *El aprendiz de historiador y el maestro brujo* (1984). Siguiendo a esta autora podemos pensar que todo niño necesita un discurso que le brinde enunciados identificantes, una versión discursiva sobre la historia de su comienzo “un relato que le hace saber de qué deseo su nacimiento fue el resultado.” (Aulagnier, 1984: 198) Juan no puede decir nada de su padre ni de su origen, su madre nunca le habló de estos primeros tiempos por considerarlos “muy tristes”. A partir de los encuentros, se pudo delimitar, tal como se infiriera a partir del relato materno, que el niño no lograba ubicarse en una línea filiatoria que le permitiera situar el origen de su historia; encontrando una desconexión temporal y causal. No accedía a los ejes espacio-temporales que rigen el funcionamiento del proceso secundario.

A uno de los encuentros trae un cuaderno con algunos dibujos de figuras humanas caricaturescas. Son 16 hombres de distintos materiales. Se le propone que les ponga nombres, así los nomina: “hombre metal, hombre tiempo, hombre baba, hombre destrucción, hombre rayo, hombre láser, hombre arcoíris, hombre vegetal, hombre fuego, hombre pixel, hombre oscuro, hombre queso, hombre nube, hombre papel, hombre tijera, hombre inversión”. Solo 3 dibujos no son hombres, justamente son sus tres personajes preferidos: “el chico arena, el chico azúcar y el chico tierra (...) se deben sentir igual, para mí son iguales (...) son un poco igual porque son polvo”. Opera un modo de funcionamiento regido por datos indiciales, sin organización de totalidades que conservaran cierta permanencia. Los atributos definen la totalidad de los seres “hombre queso, chico tierra”. Las diferencias pueden borrarse fácilmente y los registros confundirse “se deben sentir igual ... porque son polvo”.

Un encuentro originario

Las líneas de intervención que se fueron desplegando durante el devenir de las sesiones, apoyadas privilegiadamente en las producciones gráficas del niño, no se han dirigido a develar un sentido latente al modo de una interpretación, sino que se han sostenido en la posibilidad de instaurar aquello que hasta ese momento no se había instalado. El campo de posibles se rigió

entonces por complejizar la organización psíquica. “En tiempos de infancia, la intervención analítica genera las condiciones de fundación misma del inconsciente, otorgando las posibilidades de complejización y recomposición psíquica.” (Bleichmar, 1993: 295).

La intervención que implica invitarlo a ponerle nombre a los diversos personajes que dibuja permite comenzar a introducir algo del orden de la diferencia en lo idéntico, nominarlos supone instaurar, reconocer esta diferencia.

En sus dibujos todos los personajes son hombres que no son humanos. En su historia se deducen capítulos en blanco que dificultan las posibilidades de historizarse. Refiere no conocer ni la edad ni el nombre de su papá; al respecto expresa: “yo no lo conozco, lo único que recuerdo es una vez que me trajo un auto”. Al no lograr historizar, Juan no podía proyectarse a un futuro, no contaba con anclajes estables. Es en la infancia que se constituye el fondo de memoria que garantiza “en el registro de las identificaciones esos puntos de certidumbre que asignan al sujeto un lugar en el sistema de parentesco y en el orden genealógico, y por consiguiente temporal, inalienable y al amparo de todo cuestionamiento futuro” (Aulagnier, 1991: 444).

Estas fallas a nivel de las categorías temporo-espaciales, permiten pensar en sus dificultades para subir la escalera, hablan de la falta de estabilidad del espacio y por lo tanto la falta de estabilidad del yo. Atendiendo a estas dificultades se le propone hacer una historia de sus personajes, así aparecen algunos relatos: “El hombre vegetal: Una semilla rara que sin querer se pasó por un líquido nuclear y combinado con otros tipos de semillas, pero no le funcionaban los poderes y el hombre árbol le dio muchos”. “El chico tierra era elemento del hombre planta, pero realmente era un elemento fallido porque el hombre planta quería hacer una copia de sí mismo y le salió tierra porque estaba en un lugar que no había más que tierra”. “El hombre cristal nació por simplemente cristal que se volvió huevo y el hombre láser le dio energía”. “El hombre reloj fue a donde nació el hombre cristal, planeaba cambiarlo por el hombre arena, pero resultó saliendo como un chico, no esperaban que saliera como un chico, pero lo aceptaron así. Chico Arena”. Se ubica en estos relatos un fantasma de autoengendramiento “fantasma que atribuye al sujeto el poder de engendrar no solo su propio pasado, sino todo pasado: no sólo su origen, sino todo origen”. (Aulagnier, 1984: 199).

Estas narraciones, dan cuenta de su origen; en su despliegue llevan la huella de lo fallido. Ninguna creación es la esperada; pese, tal lo esperado, a ser idéntico a su padre.

En un comienzo sólo dibujaba estos personajes y con lápiz negro; no jugaba. Paulatinamente pudo incluir los colores, las temperas, así como la masa para modelar. Siguiendo a Winnicott atendemos a la importancia de que el paciente pueda jugar y crear; y por tanto enriquecer su universo simbólico que se vio reflejado en la posibilidad de incorporar nuevos materiales para sus creaciones. Así, se propicia un espacio en el que el analista es convocado a dibujar y jugar juntos. El trabajo analítico involucra la superposición de dos zonas de juego, y es en este espacio dónde se da el campo fértil para el análisis. Esto implica creación en esa intersección, en ese “entre” se crea la significación. En ese “entre”, como condición de posibilidad, cuerpo y actividad de pensamiento se constituyen.

En posteriores sesiones realiza otros tres chicos “que de tocarlos se sentirían igual: chico oro, chico plata y chico bronce”. Comienza a hacer “ecuaciones de poder” en las que los personajes tienen características diferentes. En un comienzo no puede diferenciar lo que él piensa de lo que piensa el analista, se trabaja en que no podemos entender lo que significan estas ecuaciones si no las explica. Se detiene estableciendo las diferencias de cada personaje. Durante toda una serie

de entrevistas a los dibujos los hacía exactos, un día que no encuentra el molde del hombre piedra se le señala que puede no estar igual, que nadie está igual todos los días. Instauración allí, vía transferencia, de la posibilidad de sostenimiento de la “idea de mismidad” pese a los posibles cambios que el tiempo y los diversos encuentros promueven. Intervención que se ubica en la zona de superposición; armando un cuerpo, organizando el pensamiento. Tomando este señalamiento lo hace diferente y lo incluye en una historieta. Trabajamos con los tres chicos y le pone pelo al de oro y casco al de plata. El recurso a la historieta se vuelve cada vez más rico. Así dice: “Puedo crear niveles. Yo dibujo, pero vos haceme los límites del cuadro”. Juega y hace chistes en las historietas, cuenta historias y es una actividad que asume un matiz lúdico. Si bien al comienzo de las sesiones no podía representarse en un dibujo y había rechazado firmemente, la propuesta de dibujar a su familia, “mi mamá es como la viste recién, mi hermano es como yo, pero con otro pelo. No me sale dibujarlos como son”; hacia el final de los encuentros con tempera y colores dibuja un niño diciendo satisfecho: “Este soy yo”. Aparece el dibujo como representación.

Al tiempo que acepta otros materiales, la diferencia, comienza a ocultar en sesión lo que estaba dibujando. Aulagnier teoriza en torno a la autonomía del pensamiento señalando que “el derecho de mantener pensamientos secretos debe ser una conquista del yo, el resultado de una victoria conseguida en una lucha que opone al deseo de autonomía del niño la inevitable contradicción del deseo materno a su respecto” (Aulagnier, 1980: 144).

Juan disfrutaba de esconder sus producciones y se mostraba sorprendido de que la analista no comprenda, sin su explicación.

COMENTARIOS FINALES:

Siguiendo en sus desarrollos a Silvia Bleichmar entendemos que la represión originaria “cliva del psiquismo un inconsciente primordial que deviene por eso mismo un ello, y que constituye los primeros objetos-fuente, fuentes de la pulsión”. (Bleichmar, 1993: 39).

En Juan a partir de los indicadores clínicos expuestos inferimos que la represión originaria operó fallidamente. Se presenta sin lograr apropiarse del lenguaje y con dificultades para establecer una diferenciación con el objeto, los límites no se sostienen ante el reto de la Docente y subjetivamente sólo puede responder con un llanto incontrolable y desbordante. No consigue ubicarse en una línea filiatoria, ni logra acceder a las categorías espacio-temporales.

Es mediante las producciones gráficas, en el marco del trabajo compartido, que realiza un relato sobre los orígenes de diferentes personajes y comienza a establecer diferencias. La transferencia se evidenció como facilitadora para que sus dibujos devengan historietas, y por tanto tengan un tiempo, un espacio y una historia. Los personajes aparecen en secuencias establecidas, hay un orden, se representa la ausencia y se retoman sus preguntas sobre el origen pudiendo hacer de eso un chiste. La instalación de las coordenadas temporales propias del funcionamiento del yo permite que se comience a constituir un lugar para los propios pensamientos. A través de los dibujos logra una mayor estructuración, así como también la posibilidad de lazo social; dado que lleva a la escuela dibujos que surgen en sesión, obteniendo un lugar en los otros, que solicitan dibujos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- Aulagnier Castoriadis, P. (1975). La violencia de la interpretación. Buenos Aires: Amorrortu Editores
- Aulagnier, P. (1984). El aprendiz de historiador y el maestro brujo. Buenos Aires: Amorrortu Editores
- Aulagnier, P. (1991). "Construir (se) un pasado". En Revista de psicoanálisis ApdeBA. Vol. 13, N° 3. (pp. 441-468)
- Bleichmar, S. (1993). La fundación de lo inconciente. Buenos Aires: Amorrortu Editores
- Bleichmar, S. (2005). Capítulo 15 "Sostener los paradigmas desprendiéndose del lastre. Una propuesta respecto al futuro del psicoanálisis". En La subjetividad en riesgo. (pp. 107-124). Buenos Aires: Topía Editorial
- Bleichmar, S. (1999). "El carácter lúdico del análisis". En Revista Actualidad Psicológica. Año 24, N° 263. (pp. 2 - 5). Buenos Aires.
- Klein, M. (1955). "La técnica psicoanalítica del juego: su historia y significado" en: Nuevas direcciones en psicoanálisis. (pp. 21-39). Buenos Aires: Editorial Paidós
- Mannoni, M. (1967). Capítulo II "La transferencia en psicoanálisis de niños. Problemas actuales". En El niño, su enfermedad y los otros. (pp. 67-101). Buenos Aires: Editorial Nueva Visión
- Winnicott, D. (1991). Punto 40 "El juego del garabato" (caso clínico L, de siete años y medio). En Exploraciones psicoanalíticas II. (pp. 24 - 43). Buenos Aires. Barcelona - México. Editorial Paidós.
- Winnicott, D. (1979). Introducción. Capítulo 3 "El juego, exposición teórica". En Realidad y juego. (pp. 61 - 77). Barcelona. Editorial Gedisa.